

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripción.

En Barcelona, Dou, 10, entre 1.ª puerta. En Lérida, Mayor 51 2.º En Madrid Valverde 24 principal, derecha. En Alicante, San Francisco 23, imprenta.

SUMARIO—¿Quién será?—Recuento.—Una carta al Mundo.—Soneto.—Comunicación.—Dinero recogido para las víctimas de los terremotos —Notas é impresiones.

¿QUIEN SERÁ?

Vamos á referir un hecho que nos merece entero crédito, pues la persona que nos lo ha contado, bebe en fuentes de verdad, buscando siempre con afán todo cuanto pueda demostrar la intervencion de los espíritus en los actos más trascendentales de nuestra vida.

La heroína de nuestra verídica historia es una jóven que se llama Eloisa, que casada con Diego, vivía tranquila y dichosa en medio de la abundancia, sin que una nube empañara el límpido horizonte de su pacífica existencia.

Sus hermosos ojos nunca habian sufrido la menor fatiga, jamás se habia quejado de las ligeras dolencias que suelen mortificar á los órganos más delicados del cuerpo humano, y que son los conductores de toda nuestra felicidad, porque vivir sin ver, es sin duda el infierno que inventó el Paganismo y continuaron cultivando las religiones.

Es vivir en el seno de la muerte; es desear el cielo y caer al abismo, es vegetar en la mas horrible esclavitud. ¡Ay de los ciegos!

Eloisa felizmente, nunca se habia visto amenazada de perder la vista, una noche se acostó como de costumbre, durmió tranquila sin que ninguna pesadilla la atormentase con sus recuerdos al despertar, y al abrir los ojos, le llamó la atencion la completa oscuridad que reinaba en torno suyo.

—Me habré despertado más temprano—se dijo á sí misma—pero es extraño, porque siempre me despierto á la misma hora. Será que Diego cerraría todas las puertas corriendo además las cortinas..... Si, ya debe ser tarde. Diego, Diego, ¿que idea te dió de cerrar las maderas y correr las cortinas, que está esto mas oscuro que boca de lobo? Anda, anda; en castigo te vas á levantar á abrirlas, que á mi la oscuridad me da pena; corre, corre, que me quiero vestir.

Diego, que ya estaba despierto hacia rato, se quedó helado al oír á su esposa; la miró, y al verla con los ojos abiertos, pero las pupilas dilatadas é inmóviles, comprendió con espanto que Eloisa se habia quedado ciega, y trató, por cuantos medios estuvieron á su alcance, de convencerla que aún era de noche y que tratara de dormir; pero el ruido que hacían los criados, los carruajes que comenzaron á cruzar la calle, las voces confusas que se oyen de los que pasan pregonando sus mercancías, chiquillos que, cantan todo ese movimiento de una ciudad que se despierta, llegó aterrador á sus oídos, haciéndole comprender á la infeliz Eloisa todo lo horrible de su situacion; y de sus ojos, muertos para el placer, pero vivos para el dolor, brotó un raudal de lágrimas, que como manantial escondido entre rocas



siguió manando líquidas perlas, con breves intervalos de interrupción; que bien merece ser llorada la pérdida de la luz.

Ocho meses vivió Eloisa entre tinieblas; los mejores oculistas no encontraron remedio para su mal; no sufría dolor alguno, y llegó á resignarse con su triste suerte considerando que aún había otros más desgraciados que ella; que en la escala del sufrimiento, la mirada humana no puede fijar los grados mínimo y máximo; siempre se encuentra quien sufra ménos y quien padezca más.

Una tarde, estando sentada en su gabinete, sintió que una mano muy suave se apoyaba ligeramente sobre sus ojos, obligándola á cerrarlos y pasando sobre sus párpados la punta de unos dedos finos y delicados.

Por el tacto le pareció á Eloisa que aquellas manos no eran las de su marido, pero pensando prudentemente que sólo él se hubiera atrevido á tocarla, le dijo sonriéndose:

—¿Qué haces, Diego? ¿Me quieres magnetizar?

Á esta pregunta nadie contestó, y Eloisa, asustada, llamó á grandes voces á su marido y á su doncella, y por ellos supo, que no era Diego el que le había pasado la mano por los ojos, pues él estaba en su despacho, y la doncella cosiendo en el comedor.

Su marido le decía que habría soñado, pero Eloisa contestó:

—No, no; estaba bien despierta; y más te diré: aunque no me duelen los ojos, siento siempre sobre ellos algo que me pesa, que me priva de abrirlos, y desde que he sentido el contacto de aquella mano tengo menos peso sobre ellos.

Pasaron quince días, y volvió á observar Eloisa igual fenómeno; aquel día no llamó á nadie; estaba bien convencida que estaba sola en su gabinete.

Aquellas manos suaves y ligeras, se apoyaron repetidas veces sobre sus muertos ojos, pero con tanta delicadeza, que parecían plumas de marabú impulsadas por la brisa.

Á la tarde siguiente, Eloisa estaba atenta á ver si se repetía el milagro, como ella decía, y efectivamente se repitió, sintiendo en los ojos menos peso »

Llegó el otro día, y la pobre ciega, sin poderse explicar la causa, casi esperaba la visita de su médico invisible, que no se hizo esperar, haciendo la misma operación magnética, quitándole fluido de los ojos.

Aquella noche, habló Eloisa largamente de aquel fenómeno, que, en honor de la verdad, toda su familia lo ponía en cuarentena, creyendo que era alucinación de la pobre enferma, y su marido creía buenamente que su mujer veía visiones; mas en gracia de su tristeza nadie se atrevió á desilusionarla.

Se acostaron como de costumbre, y á la mañana siguiente se despertó Diego sobresaltado por los gritos y las caricias de su esposa, que abrazada á su cuello gritaba.

—¡Diego! ¡Diego! ¡ya te veo!....

Y efectivamente, los hermosos ojos de Eloisa habían perdido su espantosa fijeza, sus pupilas se movían en todas direcciones, y el resplandor de la vida irradiaba en ellas.

Los oculistas de la tierra se declararon impotentes para curar á la pobre ciega; pero un médico del espacio le devolvió el tesoro que más valor tiene para el hombre: ¡la vista!

Ante tan prodigioso resultado, ante efecto tan admirable, la familia de Eloisa aceptó la existencia de una causa, dieron crédito á lo que la joven les había contado de haber sentido sobre sus ojos el contacto tibio, fino y suave de unas manos más ligeras y sùtiles que el marabú.

Hoy creen que los espíritus se comunican con los terrenales, bendicen al espíritu amigo que devolvió la vista á Eloisa, y se preguntan unos á otros:

—¿Quién será? ¿Qué lazo le habrá unido á la joven enferma?

El de un amor inmenso, decimos nosotros; sólo los espíritus dominados por un amor supremo pueden tener potencia curativa que disipe las brumas del dolor.

Dichosos los que tienen en el espacio tan fieles amigos !

Ante hechos tan prodigiosos, no hay que *devanarse* los sesos sobre *quién será* el que verificó el milagro; si será mi padre, mi madre ó mi hermano; lo más verosímil, lo cierto, lo indudable, es que será un espíritu de progreso que se complacerá en difundir la vida. ¡Sólo los que viven en la *luz*, pueden dar LUZ á los ciegos de la tierra !

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

RECUENTO.

Allá, en Roma, bajo los artesonados suntuosos del Vaticano, entre las innumerables estancias del palacio, hay una capilla donde el arte pictórico ha derramado torrentes de inspiración; la capilla Sixtina. Como faro luminoso de los frescos que la revisitan se destaca la obra gigante de Miguel Angel, el *Juicio final*, la mejor presea de un génio que, en los insomnios de la duda, se aferró con el vigor de su poderosa inteligencia, ávida de creer, á las sombrías enseñanzas del Sinai; y asimilándose el vengativo espíritu de la Biblia, la poesía terrorífica del Dante, y las austeridades inflexibles de Savonarola, trazó con su pincel una epopeya humana, en cuyo naturalismo severo, enérgico y terrible, no se descubre otra divinidad que el fuego deslumbrante que latía en el pensamiento del autor.

Cuando se contempla este fresco, donde los músculos del hombre se ven retorcidos por el dolor carnal, y la mirada de los castigados retrata el espanto que causa en nuestra raza las abrasantes llamas; cuando en aquellas figuras, todas humanas, todas sentidas por una razon exclusivista, se fija el pensamiento libre y emancipado de todo dogma, parece que se está contemplando, no el *Juicio final* de las revelaciones judaicas, sino el Juicio inviolable donde la Humanidad, alzando hasta Ella á los que contribuyen al esplendor de su reinado, se vuelve airada contra los espúreos y los lanza su anatema, á cuyos ecos se abren los abismos donde serán abrasados por el desprecio de sus descendientes.

En vano es fijar la mirada con unción católica, ó evangélica, en aquel Padre Eterno que fulmina de sus labios la vibrante palabra del hombre, y lanza de sus ojos el rayo luminoso de un cerebro humano: toda idea mística huye ante aquella alegoría triunfante, que va esparciendo con la sublimidad de su composición el mas profundo racionalismo; inútil empeño verla como obra religiosa, buscando en la inverosimilitud de cuerpos sostenidos en el aire el fundamento milagroso de la profecía apocalíptica. Aquellos seres vuelan, pero como volarían nuestros cuerpos, á la mas leve impulsión, si el planeta que nos sustenta perdiese en el trascurso de las edades algo de su densidad. Y en vano es tambien que, escudriñando toda aquella cohorte de santos y de mártires, intentemos fingirnos el cielo católico; allí no hay sino hombres y mujeres, servidores de la Humanidad, llevados por su privilegiada fantasía á la mas alta abnegación, estado de sublimidad anexo á la naturaleza, asequible á toda religion y á todo ideal, sobre el cual han ido apoyándose los siglos y las generaciones para ascender por la infinita montaña del progreso. Así debió sentir la verdad aquel titan del arte que, despreciando con altiva independencia los moldes estrechos de secta y de doctrina, reunió en su cuadro las deidades paganas representadas por Aqueronte, y los ángeles mensajeros de la leyenda del Apocalipsis.

Pues bien: hé aquí en esa emblemática pintura, que á pesar de los años viene siendo (como esencialmente racional) el asombro de los pueblos, hé aquí la imágen de lo

que hace la Humanidad con sus múltiples huéspedes: un recuento: á la derecha los unos, a la izquierda los otros.

Ella deja pasar el grupo de los *verdaderos creyentes*, de las criaturas sencillas que, con la pureza de una conciencia infantil, cierran sus ojos al sueño, sin tener que arrepentirse de otra cosa que de un fugaz pensamiento de ambicion, ó de una leve crítica de vecindad: saludemos respetuosamente á ese grupo, casi microscópico, que, vestido humildemente, sóbrio, sufrido ante las vicisitudes, llevando siempre en sus lábios una palabra conciliadora, y en su pensamiento un ideal de condescendencia, pasa sobre la tierra desapercibido, pobre casi siempre, cargado de obligaciones y de trabajos, grupo del que se destaca la triste anciana que enseña á sus nietecillos á bendecir á la Providencia, cuando los recoge en el lecho acallando con besos los quejidos del hambre que los agobia; grupo en el que se afilia el jóven sacerdote que renuncia la herencia de sus antepasados en favor de los pobres, para cruzar los mares y llevar la doctrina de la igualdad á los pueblos del Asia; grupo en el cual se reúnen todos los mansos, los resignados, los felices, sostenidos por una fé suave, profunda, sincera, arraigada en un corazón tierno y compasivo. Ese grupo es la *tradición*, la *leyenda*, y por lo tanto es sagrado; en él se conservan los recuerdos venerables de la antigüedad, restos informes de grandezas y de harapos, que, cuidadosamente encerrados en las vitrinas de la civilización, le sirven á la Humanidad de museo prehistórico, donde á la par que ameno pasatiempo encuentra un rico manantial de estudios comparativos: inclinemos nuestra frente ante esa legión que, inmóvil en el camino de los siglos, y tan respetable como la ancianidad y la niñez, se aleja de nosotros adquiriendo las vagas formas ó iluminados contornos de una apoteosis. La Humanidad los deja pasar silenciosamente y comienza su evocación á todos los involucrados del deber.

Los bufones de la ley, que miran antes que á la esencia del delito la calidad del que lo comete, y, amalgamando la bienandanza de su existir con el fallo de la justicia, tuercen insensiblemente la balanza, de modo que aparezca la culpa castigada y consigan un beneficio sin hacerse con un enemigo: ¡á la izquierda! ¿Que llevan una vida de edificante piedad y la palabra de Dios está siempre en sus lábios?.... Sus capciosas sentencias han sellado el pacto con los enemigos del hombre.

Logreros de la fortuna que, soñando con orgías, hunden las manos en los tesoros de las naciones, y al sacar en sus garras el oro ambicionado manchan con el fango de la calumnia, ó de la sátira, á los hombres honrados y trabajadores, como la *jibia* de los mares llena su estela de negra tinta con el fin de que no se vea claro por donde huyó con su presa. ¿Que son creyentes y llevan un Cristo en su cuello y tienen una Dolorosa á la cabecera del lecho?.... ¡A la izquierda, ponzoñas vivientes que benchidas de corrupcion, envenenan la atmósfera que los rodea enseñando á transigir con la conciencia cuando se tiene segura la impunidad!

Los mercaderes de honras que rebajan su dignidad de racionales á las plantas de los próceres y nutriéndose, como los parásitos, de los restos de sus vanidades, ocultan con los vapores de la adulación los vicios y los crímenes;... de nada les valdrá que festejen en las capillas palatinas los jubileos Pontificios y lleven en sus pechos encomiendas bendecidas; aún mas hondo fué el daño que hicieron con su ostentosa piedad.

Los indiferentistas sistemáticos que al suave calor de sus hogares, repletos de las inutilidades que acarrea el ocio y buscan las pasiones, tienen siempre dispuesto su escandal para huir como bandada de espantadizos grajos, en cuanto el mas leve ruido los anuncia que puede perturbarse su digestion, ¡á la izquierda también! Oyeron los lamentos del hambre y se encerraron para comer; les pidieron justicia, y... educaron á sus hijos lejos de la patria que los necesitaba.

Los profanadores de las grandes ideas que fingen un entusiasmo incapaz de albergarse en su frío corazón, y agitando la tea de la discordia, husmean como chacales el oro de los palacios, las joyas de la industria, las maravillas del arte, con el solo fin de poseerlo todo, alzándose después con la violencia de tiranos advenedizos, sobre el noble y sufrido pueblo;

Los magnates endiosados por la ambición de unos cuantos hipócritas que encienden las guerras fratricidas en nombre de los ideales de paz y religión;

Las hembras prostituidas en la adoración de sí mismas que para hermosear su cuerpo venden la legitimidad de sus hijos;

Las mujeres que bajo la sonrisa de la suavidad ocultan una perversión ilimitada donde se derrumba, como en sima sin fondo, la moralidad de la familia; la fe del esposo, los beneficios del trabajo;

Los insidiosos representantes de las divinidades acomodaticias, que en nombre de amor fraternal perturbaban las conciencias, llenándolas de celos y de zozobras, y con las sugerencias de su envidia separan el alma de la mujer de los altos destinos del hombre, y azuzan á los padres contra los hijos, á los poderosos contra los humildes, á los hermanos contra los hermanos;

Los ancianos descrepitos que ultrajan la santidad de su aureola de años en la guarida de los vicios, y, mientras balbucean la oración de la tarde, cuentan el oro para comprar el placer;

Los jóvenes de corazón helado por el escepticismo y de inteligencia carcomida por la puerilidad, que llevando en sus manos el porvenir de las sociedades lo arrojan, con la sonrisa cínica del epicúreo, á los pies de una cortesana, ó sobre la mesa del festín que les ofrecen sus histriones asalariados;

Todos los que pregonan como de buena ley la falsa mercancía, y, profanando el sagrado templo de la vida, sacrifican á la verdad en los altares de la apariencia; rémoras de los destinos terrenales; pléyade turbada por una conciencia deformada que entorpecen el paso al género humano, arrojando en su camino las escorias de su alma vendida al egoísmo. ¡Todos marcharán á la izquierda!

Que no alcen hácia la Humanidad los brazos implorantes; sus maldiciones tienen en eco inextinguible á través de los siglos, y resonando de generación en generación, hacen inapelable su sentencia. En vano es que presenten lo que en su perversión creyeron meritorio para evadirse del anatema. ¡Levantad vuestros felices, Bonzos del Asia! ¡Comenzad los alaridos de vuestros rezos, Santones de la Arabia! ¡Entonad los salmos bíblicos, Pastores Anglo-americanos! ¡Sacad en rogativa suntuosa vuestras imágenes más veneradas, Sacerdotes católicos! Todo les será inútil; como el siroco terrible que aniquila cuanto se alza ante su paso, así caerán derribados los ídolos, y volverán al polvo los altares de barro, ante la voz augusta de la Humanidad alzándose majestuosa del seno de los tiempos. Ella está constituida en tribunal perenne, separando á los bastardos de los legítimos, con las leyes de la Naturaleza por código inviolable. Ella no admite defensores buscados en las teogonías; le pregunta directamente á la conciencia, arrancándola, una por una, las falsas vestiduras de halagadoras ilusiones, y cuando la tiene desnuda ante su penetrante y severa mirada, y ve en ella la culpa por egoísmo y con alevosía, la arroja á la siniestra, bien que la escuden los cánticos de David, las abluciones de Mahoma, ó las letanías de la Roma papal.

¡Recuento permanente que hace la Humanidad á través de los tiempos y de las generaciones! ¡Qué bien lo interpretó el genio vigoroso y profundamente humano de Miguel Ángel!

ROSARIO DE ACUÑA.

UNA CARTA AL MUNDO.

Son las dos de la madrugada: las candilejas de mi aposento despiden los últimos resplandores: el huracán empuja furioso las frágiles ventanas de mi prision: torrentes de agua se desprenden de la atmósfera, y el Océano, al chocar contra las murellas de este vasto edificio, produce un chasquido aterrador, cual si desafiara á los demás elementos.

A intervalos, cede la tormenta reinando un silencio sepulcral, interrumpido tan sólo por el monótono crujir de mi pluma: yo tiemblo: mi lengua enmudece: dos lágrimas asoman á mis ojos, y son tan violentos los latidos del corazón, que parece va á romperse en mil pedazos: el sueño huye de mí, la cabeza me arde, el dolor me abruma, mi pensamiento vuela por distintas regiones, ora posándose en mi idolatrada familia, ora recordando á los amigos ó recorriendo los sitios predilectos de mi alma; mas al descender el pensamiento, de aquellas esferas, ¡oh! terrible desencanto; me veo solo, prisionero y sin una mano amiga que enjague mi llanto; pues esa familia, cuya esposa enamorada y dos hijas queridas formaban mi mayor dicha, esa familia por la cual suspiro noche y día, ¡ya no me quieren!... Los amigos me olvidaron, la sociedad me desprecia, el infortunio me rodea, y la soledad con la amargura de mis recuerdos, son mis constantes compañeros.

Recuerdos del alma, sí, que no se borran jamás, pues guardan para mí los goces mas puros, las melodias mas dulces, los sonidos mas gratos, cuyo conjunto forma el hermoso cuadro de la vida: *la familia*.

¡Aun me parece escuchar las infantiles travesuras de mis hijas: aun creo sentir en mi rostro el hálito purísimo de sus besos: aun me figuro contemplar sus miradas cariñosas, sus inocentes sonrisas!... ¡Hijas mías, seres queridos, seres adorados, cuán dichoso fui á vuestro lado aspirando la esencia de vuestras caricias, á la por que os prodigaba mi amor todo, el cual conservo y conservaré mientras viva!... ¡Para vosotras será mi último pensamiento, y hácia vosotras volará mi espíritu cuando deje la mísera envoltura que hoy le retiene en este pobre planeta!...

¡Yo os perdono vuestra ingratitud hácia mí, como perdono á esa sociedad ingrata, donde se abusa del débil y se adula al poderoso: yo, el infeliz presidario relegado al olvido por parientes y amigos, sé perdonar á cuantos me desprecian, porque aun queda en el fondo de mi corazón un resto de generosidad!

Si: yo perdono á los seres queridos, que en tiempos mas felices labraron mi ventura, por el inmenso amor de mi alma hácia ellos; y compadezco á esa sociedad egoísta que, á pesar de abrirme los brazos cuando fué dichoso, hoy se desdeña en pronunciar el nombre del infortunado preso, porque así lo aconseja la verdadera moral de Cristo, y me lo exige la dignidad del deber, si quiero obrar con rectitud.

Olvidado de todos en el mísero rincón de un calabozo, hora tras hora he apurado en silencio la amarga copa del dolor: todo era triste en torno mio, todo desconso-lador: la sangre afluia á mi cerebro: la fiebre de la desesperacion se iba apoderando de mí: y mas de una vez creí volverme loco, exclamando: ¡Cuán negro es mi presente!... ¿Será también negro mi porvenir?.....

Mas un día distinguí una *luz*: esta *luz*, venia en forma de carta: esta carta, la firmaba una mujer. ¡Cuánta dulzura, cuanta compasion suspiraban sus frases! ¡Fué mi madre, mi consuelo, mi providencia!

Al poco tiempo otra *luz* de idéntica forma, se unió á la primera: desde entonces bendije al Altísimo, por haberme deparado una nueva familia.

¡Ya no estoy solo, me dije, dos mujeres compasivas, saturadas del Espiritismo, no se desdennan en darme el cariñoso título de hermano: ellas piensan en mis desgracias, se identifican con mis dolores, me consuelan y me alientan, y sin embargo, nunca me han visto; esa, esa es la verdadera caridad!.....

¡Pobre humanidad! ¡Aprende, aprende a desarrollar los sentimientos del bien; deja el asqueroso traje del orgullo y del egoismo; comienza á cubrirte con el sencillo y hermoso de la modestia y la justicia; arroja de tí la ignorancia que te envuelve; ilústrate, y progresarás; acude á la fuente del Espiritismo, y allí podrás encontrar lo que no han sabido darte las demás filosofías; entra en las chozas, visita los hospitales, recorre los presidios, estudia en esos centros de dolores y miserias, y sin duda aprovecharás mejor el tiempo, procurando ser más generosa.

¡Adios, mundo ilusorio; hoy duermes en brazos de lo inercia; mañana, cuando el sol del PROGRESO te inunde de luz, quizá veas en tu redencion, la imágen del ESPIRITISMO!

MARIANO ZAFRA Y MENENDEZ.

Chafarinas, Febrero de 1885.



SONETO.



La fé y ardor de un corazon valiente
Con la resolucion de hallar ventura,
De la conciencia acalla la locura
Trás la que el hombre corre impertinente.

Morir por no sufrir (¡valla un presente
Que anhela al que luchando en la amargura
Quiere en la nada convertir su hechura
Para ser ó no ser indiferente!)

Cuando Dios al alzar su augusta mano
Para mandar á el hombre que existiera
Prestándole su aliento soberano,
Dijole: «morirás, cuando yo muera,
El bien y el mal te entrego con la vida
Lucha, y tendrás victoria merecida.»

AURELIA PUENTES DE SOLER.



COMUNICACION.



Haga Dios que hoy seais mejores que ayer, y mañana mejores que hoy.
Hombre seré yo, que á mis crueldades de ayer, rebuya mi espíritu en mi vida de mañana, acrisolándolo en el amor de nuestros hermanos en la humanidad.

Hombre seré, que á mi vanidad y liviandades de ayer, oponga mi espíritu en su futura encarnacion la humildad que generosa busca la ocasion oculta de hacer el bien á sus hermanos.

Hombre seré yo, que á mi cobardía de ayer, redimirá la caridad del sér en quien encarne en mi futura vida.

Hombre seré, que á las malas pasiones que en revuelto mar luchaban en mi es-

piritu ayer, opondré en su vida del porvenir, todas las virtudes que puede atesorar el espíritu mas casto y puro.

Mucho de vosotros he aprendido en el corto plazo que á vuestros trabajos me he asociado; mas en él está mi salvacion en el porvenir; y pido á Dios, que así como hoy yo os hablo en espíritu, y vosotros en cuerpo, me animais al estudio, que cuando yo en cuerpo esté, vosotros en espíritu me asistais, para que auxiliado siempre por vuestro ejemplo y palabra pueda yo aunque imperfectamente imitaros.

«Se comprende el estrecho círculo en que se encuentra este espíritu, cuando le parece que podremos servirle de guía, y cree como el dice:»

Fuertes sois en la virtud, ningun ejemplo mas provechoso podia serme que aquel que ha sido el que me ha hecho comprender la miseria de mis vicios.

Nada mas por hoy que mi gratitud.

UN ESPÍRITU EN SUFRIMIENTO.

Dinero recogido para las víctimas de los terremotos.

Suma anterior 277 pesetas 50 céntimos, de un espiritista 25 pesetas, de los espiritistas de Petrel 12 id., de Ramon 2 id., de los espiritistas de Peñas de San Pedro 8 id., de Valladolid 5 id., total 329 pesetas 50 céntimos.

NOTAS É IMPRESIONES.

Cuando la tiranía oprime á un pueblo, la ignorancia no tarda en envilecerle. Pasan años y siglos sin que ese pueblo levante un grito de libertad é intente reconquistar sus derechos. Si sale algunas veces de su apatía es para entregarse á todos los excesos de la venganza, que casi quedarian justificados por lo que sufrió, si los crímenes admitiesen justificacion.

Criticar no es adular ni ensañarse; húyase de estos dos extremos, júzguese con ciencia, con detención, sin prevención, señalando las partes oscuras, pero tambien las claras, aconsejando al autor, dándole razones por lo que se le censura, indicándole el buen camino cuando de él se aparta.

La mujer al fin y al cabo no es más que una pasta muy blanda que amoldamos en pésimo molde. De la educación, es decir, del molde depende que la pasta se convierta en hermosa estatua ó en monstruoso adefesio.

Nunca os caseis con una mujer que no os comprenda, pero tampoco os caseis con una mujer que os aventaje.

¡Dicen que el cerebro de la mujer no pesa tanto como el del hombre! en cambio su corazón pesa mucho más.

NOMEN.

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campas, Sta. Madrona, 8 y 10.